

## La Rayuela

A medida que crecemos se intensifica la sensación de que la verdadera vida, aquella que nos atraviesa con su fulgor inocente, ocurrió en nuestra infancia y que es irrecuperable. Sin embargo, cada tanto, la naturaleza nos sorprende con algún acontecimiento que no por cruento nos impide volver a esa mágica edad.

Hace un tiempo ya, como caballeros medievales o como doncellas recatadas, cubiertos nuestros rostros con máscaras y velos, nos descubrimos parados en la vereda, detenidos en el tiempo, casi inmóviles, avanzando en fila muy lentamente. Hay cruces en el piso hechas con anchas cintas de color rojo, estratégicamente distribuidas como para guardar la distancia que el protocolo prescribe...Obedientemente pasamos de una a otra, como si fuéramos enormes fichas de un juego de ludo humano hasta que finalmente llegamos a la puerta del almacén para ser atendidos. Entretanto, cavilamos sobre el sentido oculto de los acontecimientos de la vida y, a veces, añoramos aquellos días en que el mundo era un juego.

Corría mayo, había vuelto al barrio y la pandemia avanzaba. Era una fría mañana y seguía morosamente la hilera que me llevaría hasta lo de don Ramón. Un par de lugares más atrás se había ubicado Miguelito, mi entrañable amigo al que no veía desde de nuestra niñez; nos saludamos de lejos y empezamos a conversar, a evocar, mientras los vecinos que estaban en la fila escuchaban con atención. De repente, el que estaba delante de mí se adelantó, dejando libre su sitio; me tocaba avanzar: fijé la mirada en la baldosa marcada con una enorme X roja cerquita del viejo tilo cuando, por entre las hojas, un rayo de sol se filtró iluminándola. Entonces recordé que allá por nuestros seis años, en ese punto comenzaba el juego de la rayuela; se iniciaba el camino al “cielo”. Encendido, salteé los casi dos metros que me separaban de aquella marca y caí sobre mi pie derecho. Bastó un guiño cómplice para que Miguelito entendiera inmediatamente: Con una pirueta como las de antaño ya estaba en la “casa” siguiente. Entre risas, nuestros ocasionales compañeros nos siguieron y todos empezamos a jugar a la rayuela, a redescubrir la vereda como el escenario de los juegos de la infancia; a redescubrir aquel sentido oculto en la sigla del COVID: Con Vida.